La fe de María, la perseverancia de Juan Bautista y la vocación consagrada

Motivación.

El Adviento es el tiempo de la espera creyente. A lo largo de la historia de la salvación, Dios ha educado a su pueblo en la fe, enseñándole a reconocer su presencia y a confiar en sus promesas. Abraham creyó contra toda esperanza; los profetas anunciaron la llegada del Mesías; Juan Bautista preparó sus caminos; María acogió la Palabra y se convirtió en la primera creyente del Nuevo Testamento.

También la vida religiosa nace de la fe. Cada vocación es respuesta a una llamada que no se puede poseer ni controlar, sino únicamente acoger y seguir. En un mundo marcado por la incertidumbre, las comunidades religiosas están llamadas a ser signo visible de quienes han puesto su confianza en Dios.

Que este tiempo de gracia nos ayude a volver a las fuentes de nuestra vocación, para renovar la confianza en el Señor que viene y sigue actuando en nuestra historia personal y comunitaria.

Ambientación.

En torno al altar pueden colocarse frases tales como:

- «Dichosa la que ha creído» (Lc 1,45).
- «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Monición inicial.

Nos reunimos para disponernos a la venida del Señor. El Adviento nos presenta dos grandes testigos de la fe: María, que acogió la Palabra con plena confianza, y Juan Bautista, que preparó los caminos del Mesías y perseveró aun en medio de la prueba.

También nosotros hemos sido llamados a vivir de la fe. Nuestra vocación nació de la escucha de una palabra y se sostiene cada día por la confianza en la fidelidad de Dios.

Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda un corazón dócil para escuchar, una fe firme para perseverar y una disponibilidad generosa para responder a la llamada del Señor.

Exposición del Santísimo

Se canta un himno eucarístico. Se hace un momento de silencio.



Monición para la lectura de fragmentos del Mensaje del Santo Padre

Para acompañar nuestra reflexión, escucharemos algunos textos de la encíclica *Lumen Fidei* del papa Francisco. A través de sus enseñanzas, seremos guiados por un itinerario de fe inspirado en María, la mujer que acogió la Palabra con total confianza, y en Juan Bautista, el precursor que preparó los caminos del Señor y permaneció fiel incluso en la prueba.

Dispongamos el corazón para acoger estas palabras como una ayuda para renovar nuestra vocación, fortalecer nuestra confianza en Dios y prepararnos para la venida de Cristo.

Primer momento:

ESCUCHAR Y CREER: La fe nace de la Palabra (*Lumen Fidei* 14).

La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas.

Meditemos

La historia de la salvación comienza siempre con una palabra pronunciada por Dios y acogida por un corazón creyente. María escucha. Antes de responder, guarda silencio. Antes de actuar, se abre al designio de Dios. Su fe nace de la escucha.

También nuestra vocación comenzó así. Un día el Señor pronunció nuestro nombre y nos invitó a seguirle. No conocíamos todos los caminos que habría de recorrer nuestra vida, pero nos fiamos de Él. Con el paso de los años corremos el riesgo de escuchar muchas voces: las preocupaciones pastorales, las dificultades comunitarias, los problemas económicos, el cansancio o la rutina. Sin embargo, el Adviento nos invita a volver al origen: escuchar nuevamente la voz del Señor.



Toda renovación de la vida religiosa comienza por recuperar la primacía de Dios y de su Palabra.

- ¿Qué palabra del Señor sostiene hoy mi vida?
- ¿Recuerdo la experiencia fundante de mi vocación?
- ¿Escucho a Dios con la misma disponibilidad de mis primeros años de consagración?
- ¿Qué voces están debilitando mi capacidad de escucha?

Silencio meditativo y canto

Segundo momento

CREER EN MEDIO DE LA OSCURIDAD: La fe que persevera en la prueba (*Lumen Fidei* 57).

La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, «inició y completa nuestra fe» (*Hb* 12,2).

Meditemos.

Juan Bautista había preparado el camino para el Mesías. Había señalado a Jesús como el Cordero de Dios. Sin embargo, desde la cárcel experimenta la oscuridad y la incertidumbre. Su figura nos ayuda a comprender que la fe no elimina todas las preguntas. También los creyentes atraviesan momentos de prueba.

Las comunidades religiosas conocen bien estas experiencias: el cansancio apostólico, la disminución de vocaciones, el envejecimiento de los miembros, las dificultades de la misión o las propias fragilidades personales. En esas circunstancias, la tentación es dejarse conducir por el miedo o el desánimo. Juan Bautista nos muestra otro camino: volver la mirada al Señor.

La fe madura cuando aprende a caminar incluso sin ver toda la meta. No porque posea todas las respuestas, sino porque confía en Dios. La vida religiosa está llamada a ser hoy



una lámpara encendida en medio de la noche, un testimonio de que Dios continúa actuando en la historia y que sus promesas nunca quedan defraudadas.

- ¿Cuáles son hoy las noches de mi fe?
- ¿Qué situaciones me cuesta confiar plenamente al Señor?
- ¿Dónde descubro signos de la presencia de Dios en mi comunidad?
- ¿Cómo me ha sostenido el Señor en los momentos difíciles de mi vocación?

Silencio meditativo y canto

Tercer momento:

UNA FE QUE SE HACE ENTREGA: «Hágase en mí según tu palabra»
(*Lumen Fidei* 37).

Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz. (...) La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos.

Meditemos.

Después de recibir el anuncio del ángel, María se pone inmediatamente en camino. La fe la impulsa a salir de sí misma para servir. La fe auténtica nunca permanece encerrada. Siempre se convierte en misión, en servicio y en entrega.

Esta es también la verdad profunda de la vida consagrada. Hemos sido llamados para ser memoria viva del modo de existir de Jesús. Nuestra pobreza, castidad y obediencia proclaman que Dios es digno de confianza y que vale la pena entregar la vida por Él. La fe recibida se convierte en testimonio cuando da forma a nuestro modo de vivir, relacionarnos, trabajar y servir.

Adviento es una invitación a renovar nuestro «sí». El Señor sigue viniendo y sigue llamándonos. Nos pide poner nuevamente nuestras manos, nuestro corazón y toda nuestra existencia al servicio de su Reino. Como María, somos enviados a llevar a Cristo allí donde hay necesidad de luz, verdad y consuelo.



- ¿Qué aspecto de mi consagración necesita renovarse?
- ¿Cómo expresa mi vida la alegría de creer?
- ¿Mi comunidad manifiesta la belleza del seguimiento de Cristo?

Silencio meditativo y canto

Preces

Hermanos y hermanas, después de haber contemplado a María, que creyó en la Palabra del Señor, y a Juan Bautista, que permaneció fiel en medio de la prueba, elevemos nuestra oración confiada al Padre. Pidámosle que sostenga nuestra vocación y haga de nuestras comunidades signos vivos de su presencia en el mundo.

R/. Señor, fortalece nuestra fe.

1. Por la Iglesia, para que anuncie con valentía el Evangelio a todos los pueblos.
2. Por las comunidades religiosas que atraviesan momentos de prueba, para que perseveren confiando en la fidelidad del Señor.
3. Por los jóvenes que buscan su vocación, para que escuchen con generosidad la llamada de Dios.
4. Por quienes viven momentos de duda o alejamiento de la fe, para que encuentren testigos auténticos del Evangelio.

Oración conclusiva

Señor Jesús, al acercarnos a la celebración de tu nacimiento, te damos gracias por el don de la fe, que ha sostenido nuestra vocación y nos ha permitido caminar tras tus pasos.

Como María, enséñanos a escuchar tu Palabra con corazón disponible. Como Juan Bautista, danos la valentía de preparar tus caminos y la perseverancia necesaria para permanecer fieles en medio de las pruebas.

Haz que nuestras comunidades religiosas sean lámparas encendidas en medio del mundo, lugares donde se escuche tu voz, se fortalezca la fe y se testimonie la alegría del Evangelio. Renueva hoy nuestro «sí» para que podamos servirte con un corazón indiviso y anunciar con nuestra vida que Tú eres el Señor que viene.

Amén.

De ser posible, se concluye como de costumbre: Bendición con el Santísimo y alabanzas eucarísticas.

